

**CARTA PASTORAL
DE
RODOLFO CARDENAL QUEZADA TORUÑO
ARZOBISPO METROPOLITANO DE GUATEMALA**

En ocasión de la Cuaresma de 2008.

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Como todos los años, en el inicio de la Cuaresma, me dirijo a todos ustedes con especial aprecio para trasladarles algunas reflexiones que ayuden a celebrar dignamente la Pascua del Señor: la pasión, muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús. Solemnidad de solemnidades. Desde los inicios de la historia del cristianismo, la Iglesia tomó conciencia de que la Pascua del Señor era el centro de toda su vida. Los cristianos de los primeros siglos vivían, como especiales testigos, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo que vino a restaurar al hombre, la historia y el universo.

La Cuaresma nos encuentra viviendo en un tiempo en que la violencia desenfrenada y las graves amenazas a la vida se ciernen sobre nuestra población guatemalteca. Es importante por eso mismo que quienes creemos en Cristo muerto y resucitado hagamos un alto en el camino de nuestra vida y reflexionemos seriamente sobre nuestro compromiso como cristianos en el momento actual.

En esta Cuaresma deseo hacerles llegar asimismo el mensaje cuaresmal del papa Benedicto XVI para que sea ampliamente difundido y comentado en todas nuestras comunidades.

1. La Cuaresma

La Cuaresma es fundamentalmente un gran tiempo de preparación para esta celebración anual de la Pascua. La Vigilia Pascual es la meta de llegada. Los cuarenta días que la preceden, desde el miércoles de ceniza hasta el jueves santo inclusive, contienen desde tiempos muy antiguos dos sentidos: uno *bautismal* para quienes se preparan a recibir el sacramento del bautismo durante la Vigilia Pascual y otro *penitencial* para los ya bautizados.

Es un tiempo de **conversión y penitencia**. Es un gran *retiro espiritual* para toda la comunidad cristiana. Es también un camino de conversión para los ya bautizados que culmina con la celebración del sacramento de la

Reconciliación, ciertamente la mejor manera de prepararse para una celebración digna y fructífera de las fiestas pascuales

Es un tiempo **bautismal**. Tiempo de preparación tanto para los catecúmenos (candidatos al bautismo) que recibirán los sacramentos de la iniciación cristiana durante la Vigilia de Pascua como para los ya cristianos que, después de una preparación, renovarán esa noche santa las promesas bautismales.

2. Mensaje del Santo Padre.

Oración, ayuno y limosna. Para esta Cuaresma el Papa Benedicto XVI, desde el 30 de octubre del año pasado, ha enviado un denso mensaje cuaresmal sobre el significado de la limosna en nuestro tiempo. Las reflexiones del Sucesor de Pedro son sumamente actuales para la comunidad católica guatemalteca y por ello nos ha parecido necesario transcribir íntegramente su mensaje.

MENSAJE DEL PAPA PARA LA CUARESMA 2008

«Nuestro Señor Jesucristo, siendo rico, por vosotros se hizo pobre» (2 Corintios 8,9)

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Cada año, la Cuaresma nos ofrece una ocasión providencial para profundizar en el sentido y el valor de ser cristianos, y nos estimula a descubrir de nuevo la misericordia de Dios para que también nosotros lleguemos a ser más misericordiosos con nuestros hermanos. En el tiempo cuaresmal la Iglesia se preocupa de proponer algunos compromisos específicos que acompañen concretamente a los fieles en este proceso de renovación interior: son la oración, el ayuno y la limosna. Este año, en mi acostumbrado Mensaje cuaresmal, deseo detenerme a reflexionar sobre la práctica de la limosna, que representa una manera concreta de ayudar a los necesitados y, al mismo tiempo, un ejercicio ascético para liberarse del apego a los bienes terrenales. Cuán fuerte es la seducción de las riquezas materiales y cuán tajante tiene que ser nuestra decisión de no idolatrarlas, lo afirma Jesús de manera perentoria: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13).

La limosna nos ayuda a vencer esta constante tentación, educándonos a socorrer al prójimo en sus necesidades y a compartir con los demás lo que poseemos por bondad divina. Las colectas especiales en favor de los pobres, que en Cuaresma se realizan en muchas partes del mundo, tienen esta finalidad. De este modo, a la purificación interior se añade un gesto de comunión eclesial, al igual que sucedía en la Iglesia primitiva. San Pablo habla de ello en sus cartas acerca de la colecta en favor de la comunidad de Jerusalén (cf. 2Cor 8,9; Rm 15,25-27).

2. Según las enseñanzas evangélicas, no somos propietarios de los bienes que poseemos, sino administradores: por tanto, no debemos considerarlos una propiedad exclusiva, sino medios a través de los cuales el Señor nos llama, a cada uno de nosotros, a ser un medio de su providencia hacia el prójimo. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, los bienes materiales tienen un valor social, según el principio de su destino universal (cf. nº 2404).

En el Evangelio es clara la amonestación de Jesús hacia los que poseen las riquezas terrenas y las utilizan solo para sí mismos. Frente a la muchedumbre que, carente de todo, sufre el hambre, adquieren el tono de un fuerte reproche las palabras de San Juan: «Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (1Jn 3,17). La llamada a compartir los bienes resuena con mayor elocuencia en los países en los que la mayoría de la población es cristiana, puesto que su responsabilidad frente a la multitud que sufre en la indigencia y en el abandono es aún más grave. Socorrer a los necesitados es un deber de justicia aun antes que un acto de caridad.

3. El Evangelio indica una característica típica de la limosna cristiana: tiene que ser en secreto. «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha», dice Jesús, «así tu limosna quedará en secreto» (Mt 6,3-4). Y poco antes había afirmado que no hay que alardear de las propias buenas acciones, para no correr el riesgo de quedarse sin la recompensa de los cielos (cf. Mt 6,1-2). La preocupación del discípulo es que todo vaya a mayor gloria de Dios. Jesús nos enseña: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestra buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16). Por tanto, hay que hacerlo todo para la gloria de Dios y no para la nuestra. Queridos hermanos y hermanas, que esta conciencia acompañe cada gesto de ayuda al prójimo, evitando que se transforme en una manera de llamar la atención. Si al cumplir una

buena acción no tenemos como finalidad la gloria de Dios y el verdadero bien de nuestros hermanos, sino que más bien aspiramos a satisfacer un interés personal o simplemente a obtener la aprobación de los demás, nos situamos fuera de la óptica evangélica. En la sociedad moderna de la imagen hay que estar muy atentos, ya que esta tentación se plantea continuamente. La limosna evangélica no es simple filantropía: es más bien una expresión concreta de la caridad, la virtud teologal que exige la conversión interior al amor de Dios y de los hermanos, a imitación de Jesucristo, que muriendo en la cruz se entregó a sí mismo por nosotros. ¿Cómo no dar gracias a Dios por tantas personas que en el silencio, lejos de los reflectores de la sociedad mediática, llevan a cabo con este espíritu acciones generosas de sostén al prójimo necesitado? Sirve de bien poco dar los propios bienes a los demás si el corazón se hincha de vanagloria por ello. Por este motivo, quien sabe que «Dios ve en el secreto» y en el secreto recompensará no busca un reconocimiento humano por las obras de misericordia que realiza.

4. Invitándonos a considerar la limosna con una mirada más profunda, que trascienda la dimensión puramente material, la Escritura nos enseña que hay mayor felicidad en dar que en recibir (Hch 20,35). Cuando actuamos con amor expresamos la verdad de nuestro ser: en efecto, no hemos sido creados para nosotros mismos, sino para Dios y para los hermanos (cf. 2Cor 5,15). Cada vez que por amor de Dios compartimos nuestros bienes con el prójimo necesitado experimentamos que la plenitud de vida viene del amor y lo recuperamos todo como bendición en forma de paz, de satisfacción interior y de alegría. El Padre celestial recompensa nuestras limosnas con su alegría. Y hay más: San Pedro cita entre los frutos espirituales de la limosna el perdón de los pecados. «La caridad - escribe- cubre multitud de pecados» (1P 4,8). Como a menudo repite la liturgia cuaresmal, Dios nos ofrece, a los pecadores, la posibilidad de ser perdonados. El hecho de compartir con los pobres lo que poseemos nos dispone a recibir ese don. En este momento pienso en los que sienten el peso del mal que han hecho y, precisamente por eso, se sienten lejos de Dios, temerosos y casi incapaces de recurrir a él. La limosna, acercándonos a los demás, nos acerca a Dios y puede convertirse en un instrumento de auténtica conversión y reconciliación con él y con los hermanos.

5. La limosna educa a la generosidad del amor. San José Benito Cottolengo solía recomendar: «Nunca contéis las monedas que dais, porque yo digo siempre: si

cuando damos limosna la mano izquierda no tiene que saber lo que hace la derecha, tampoco la derecha tiene que saberlo» (Detti e pensieri, Edilibri, n. 201). Al respecto es significativo el episodio evangélico de la viuda que, en su miseria, echa en el tesoro del templo «todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,44). Su pequeña e insignificante moneda se convierte en un símbolo elocuente: esta viuda no da a Dios lo que le sobra, no da lo que posee sino lo que es. Toda su persona. Este episodio conmovedor se encuentra dentro de la descripción de los días inmediatamente precedentes a la pasión y muerte de Jesús, el cual, como señala San Pablo, se ha hecho pobre a fin de enriquecernos con su pobreza (cf. 2Cor 8,9); se ha entregado a sí mismo por nosotros. La Cuaresma nos empuja a seguir su ejemplo, también a través de la práctica de la limosna. Siguiendo sus enseñanzas podemos aprender a hacer de nuestra vida un don total; imitándole conseguimos estar dispuestos a dar, no tanto algo de lo que poseemos, sino a darnos a nosotros mismos. ¿Acaso no se resume todo el Evangelio en el único mandamiento de la caridad? Por tanto, la práctica cuaresmal de la limosna se convierte en un medio para profundizar nuestra vocación cristiana. El cristiano, cuando gratuitamente se ofrece a sí mismo, da testimonio de que no es la riqueza material la que dicta las leyes de la existencia, sino el amor. Por tanto, lo que da valor a la limosna es el amor, que inspira formas distintas de don, según las posibilidades y las condiciones de cada uno.

6. Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma nos invita a «entrenarnos» espiritualmente, también mediante la práctica de la limosna, para crecer en la caridad y reconocer en los pobres a Cristo mismo. Los Hechos de los Apóstoles cuentan que el Apóstol San Pedro dijo al hombre tullido que le pidió una limosna en la entrada del templo: «No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar» (Hch 3,6). Con la limosna regalamos algo material, signo del don más grande que podemos ofrecer a los demás con el anuncio y el testimonio de Cristo, en cuyo nombre está la vida verdadera. Por tanto, que este tiempo esté caracterizado por un esfuerzo personal y comunitario de adhesión a Cristo para ser testigos de su amor. María, Madre y Sierva fiel del Señor, ayude a los creyentes a llevar adelante la «batalla espiritual» de la Cuaresma armados con la oración, el ayuno y la práctica de la limosna, para llegar a las celebraciones de las fiestas de Pascua renovados en el espíritu. Con este deseo, os imparto a todos una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 30 de octubre de 2007

3. Disposiciones arquidiocesanas.

3.1. Una valiosa carta circular.

La Congregación para el Culto Divino publicó un hermoso instructivo en forma de carta circular “*Carta Circular sobre la preparación y celebración de las fiestas pascuales*” en 1988. Los señores curas párrocos y los equipos parroquiales deben tener este instructivo que resume toda la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, sobre todo en cuanto a la celebración del Triduo Pascual.

Las celebraciones cuaresmales -peregrinaciones a santuarios, retiros espirituales, liturgias penitenciales, práctica del vía-crucis, procesiones, etc. - no pueden prescindir de su sentido como preparación para la Pascua, pues la Cuaresma no tiene en un valor en sí misma como fin, sino como preparación o medio. Despertar cada día más en nuestros fieles la espiritualidad pascual requiere de una catequesis adecuadamente preparada. ¡Un gran compromiso pastoral!

3.2 Piedad popular.

La Cuaresma, la Semana Santa y el mismo Triduo Pascual no se celebran en Guatemala sólo con la Liturgia, sino también con otras devociones populares profundamente arraigadas en nuestro pueblo, sobre todo, las solemnes procesiones que han hecho famoso a nuestro país por la belleza de sus cortejos procesionales y por la gran concurrencia de fieles a las mismas. Estas manifestaciones de piedad popular deben considerarse en sus aspectos positivos, pues ciertamente en la mayoría de quienes participan en estas prácticas piadosas existe verdadera devoción interior. Sólo Dios sabe lo que sucede en el interior de cada devoto en este contacto personal con el Señor por medio de la veneración de una imagen. Lo sabremos en la eternidad. Sin embargo, sin dejar de valorar las expresiones de piedad popular, habría que insistir en la importancia del Triduo Pascual como cumbre del año litúrgico y pocos serán los esfuerzos de catequesis que se lleven a cabo para lograr que las expresiones de piedad popular no sean sólo una celebración *paralela* o *alternativa* de la Cuaresma, de la Semana Santa y del Triduo Pascual.

En la carta circular de 1988, aunque refiriéndose al tiempo pascual pero aplicable a la Cuaresma, la Congregación afirma: “*Según la diversidad de países y culturas existen muchas costumbres populares, vinculadas con las celebraciones del tiempo pascual que quizás suscitan una mayor participación popular que las mismas celebraciones litúrgicas. Tales*

costumbres no han de ser despreciadas, dado que a menudo expresan bien la mentalidad religiosa de los fieles” (Circ. 196).

3.3. La reconciliación antes de la Pascua.

Antiguamente, al menos desde el siglo V, la solemne reconciliación de los penitentes se celebraba el jueves santo por la mañana. Ya no existe esta misa en la liturgia actual. Pero en todas las parroquias de nuestra Arquidiócesis deben celebrarse celebraciones penitenciales, en comunión y con la ayuda fraterna de los sacerdotes de las parroquias pertenecientes a cada Decanato. Transcribo una reflexión contenida en la carta circular de la Congregación para el culto divino: *“Es conveniente que el tiempo de cuaresma termine, tanto para cada uno de los fieles como para toda la comunidad cristiana, con alguna celebración penitencial, que prepare a una más plena participación en el misterio pascual. Esta celebración tenga lugar antes del Triduo Pascual y no preceda inmediatamente a la misa vespertina en la Cena del Señor”* (Circ. 37) Las liturgias penitenciales contribuyen notablemente a la necesaria revaloración del sacramento de la Reconciliación, sobre todo en nuestra época cuando desafortunadamente se ha perdido mucho el sentido y la gravedad del pecado.

3.4 La liturgia bautismal de la Vigilia.

Durante la Cuaresma, los párrocos y catequistas deben preparar a personas adultas, pues la hay muchas en cada comunidad, para recibir los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia de Pascua. Solamente así se comprende y vive plenamente el sentido bautismal de la Vigilia. Es muy especial y de hondo significado una celebración de la Vigilia con bautismo de adultos. Si solamente hay una renovación de las promesas bautismales se pierde mucho la vivencia espiritual de esta noche santa. Pero es precisamente durante la Cuaresma que debe realizarse la preparación inmediata de los catecúmenos. El ciclo litúrgico de este año, el A, esencialmente bautismal sobre todo en las celebraciones dominicales, ofrece todo un programa de catequesis en que debería verse envuelta toda la comunidad parroquial, que acompaña con su oración a los catecúmenos y convierte a los ya bautizados en testigos de una experiencia muy singular. ¡Cómo me agrada recordar que san Agustín recibió el sacramento del Bautismo durante una Vigilia de Pascua gracias al ministerio del gran obispo de Milán, san Ambrosio!

3.5 Campaña de la Solidaridad.

De acuerdo con el mensaje cuaresmal del Papa Benedicto XVI, que es el corazón de esta sencilla carta pastoral, en todas las parroquias e iglesias de nuestra Arquidiócesis, debe llevarse a cabo una Campaña de Solidaridad Cuaresmal, como ya es tradición desde hace varios años en nuestra comunidad arquidiocesana. El dinero recaudado este año en dicha Campaña será destinado a ayudar en algo a quienes se dedican a atender a niños y personas especiales. Cada Decanato dispondrá libremente a qué institución ayudar. *Las ayudas serán publicadas en el Boletín Eclesiástico.*

4. Conclusión.

Que esta Cuaresma sea para todos los creyentes un período propicio para difundir y testimoniar el Evangelio de la caridad en todo lugar. Invoco para ello a María Santísima, bajo la dulce advocación del Santo Rosario, para que Ella, “fuente viva de esperanza”, nos acompañe en este itinerario cuaresmal, camino hacia la Pascua. Que Dios nuestro Señor, rico en misericordia, a todos nos bendiga.

Nueva Guatemala de la Asunción, Miércoles de Ceniza, 6 de febrero de 2008.

Rodolfo Cardenal Quezada Toruño
Arzobispo Metropolitano de Guatemala

Por mandato del señor Cardenal Arzobispo,

Pbro. Lic. Eddy René Calvillo Díaz
Vice-Canciller del Arzobispado